
Introducción

La primera novela que escribió Kazuo Ishiguro tras recibir el Nobel de literatura se titula “Klara y el sol”. Se sitúa en un futuro remoto, en el que la Inteligencia Artificial (I.A.) es una realidad. La novela narra en primera persona la historia de Klara, una I.A. destinada a hacer compañía a una niña enferma, llamada Josie. A la larga, el relato de Ishiguro plantea una cuestión decisiva: ¿qué es lo distintivo y propio del ser humano? ¿Dónde se esconde aquello que hace única a una persona? ¿Dónde habita eso que es irreplicable e inalienable?

En el desarrollo de la novela, aparece un doctor, el señor Capaldi, un especialista en I.A., que considera que no hay nada especial en el ser humano, que el “corazón” con todo su mundo afectivo podría finalmente ser suplido a base de repetición y aprendizaje por una máquina. La propia historia, sin embargo, se encarga de desmentirle. Al final, la propia Klara lo confiesa: “El señor Capaldi consideraba que no había nada especial en el interior de Josie a lo que yo no pudiera dar continuidad. Le dijo

a la Madre que lo había buscado con insistencia y nunca había dado con nada parecido. Pero ahora estoy convencida de que estaba buscando en un lugar equivocado. *Sí que había algo muy especial, pero no estaba en el interior de Josie. Estaba en el interior de quienes la querían.* Por eso ahora creo que el señor Capaldi estaba equivocado”.

Lo propio del ser humano se sitúa, no en su íntimo secreto, sino en las relaciones, en ese riquísimo e irreplicable vínculo con los otros que nos hace absolutamente únicos. Lo “especial” de Josie no estaba en su interior; estaba en el interior de las personas que por amor estaban unidos a ella.

Hablar de “pedagogía de las virtudes” no es más que una forma de expresar este misterio. La educación no consiste simplemente en “sacar” cosas que ya están en el educando (tomando literalmente el sentido de *e-ducere*), ni tampoco consiste en “meter” en su cabeza cosas que no están (eso se puede llamar manipulación), sino que es el resultado misterioso de una “relación educativa”, de un rico proceso relacional. Los deseos del educando van tomando forma y plasmándose al filo de la relación con las personas mayores que van poco a poco ayudándole a dar límite, a modelar esos deseos, a eliminar sus aristas, su ilimitada exigencia, su pulsión irrefrenable. “Virtud” es este afecto integrado por la razón que resulta de este misterioso proceso relacional y que se manifiesta en una vida lograda, en la persona que florece a la vida grande. La educación se configura, de este modo, como el *efecto indirecto en el corazón* del educando de esas acciones comunes que promueven bienes humanos fundamentales.

Las tres partes de este volumen tratan de iluminar tres elementos esenciales de una pedagogía de las virtudes.

En *primer lugar*, la “ordenación de los afectos”. Temidos o ignorados, en un cierto modelo educativo; luego exaltados y absolutizados, en otro de signo contrario, los “afectos” son en realidad el campo de juego de la educación. Ese “efecto indirecto” que es la educación se percibe, en primer lugar, en la *integración de los afectos*. Para educar, se hace necesario redescubrir que los afectos son intencionales, y dependen de los bienes que persiguen.

En la primera contribución del libro, el profesor **Juan de Dios Larrú** nos ayuda a redescubrir la rica tradición de las virtudes, desde Aristóteles, pasando por la filosofía estoica y el medioevo, hasta el fenómeno contemporáneo del “retorno de las virtudes”, verificado en el ámbito educativo. Con su contribución nos ayuda a entender que la educación en virtudes es inseparable de una pedagogía de la afectividad y del deseo, que conciba a las personas relacionamente, donde el lenguaje del cuerpo se revele en las acciones comunes, y donde Cristo ocupe un papel absolutamente central, por ser el Maestro de la verdadera caridad.

A continuación, el profesor **José Granados** se refiere a la pedagogía de la promesa. Si queremos llegar a educar personas que no sean esclavas del mundo, ni lobos solitarios y autónomos, sino hijos, esposos y padres, que reciban y prolonguen nuevo el tiempo de sus padres y maestros, es clave enseñar a recibir y transmitir la palabra, para que reconozcan la promesa que ellos son y se abran a dar su palabra con esperanza. En su contribución, el profesor José Granados nos enseña que la capacidad de prometer requiere una formación tanto en esas virtudes que se llaman morales, como en esas otras llamadas epistémicas, que enriquecen el conocimiento. Esto será importante en la escuela,

porque implica que una educación de las virtudes va de la mano con la transmisión de contenidos.

En tercer lugar, la contribución del profesor **Gregorio Luri**, nos conduce al terreno de lo existencial y del carácter histórico de la educación moral. Según Luri, el reto pedagógico más importante que tenemos es mantener fieles a los jóvenes al mundo de la vida sin por ello dejar de darles la formación científica más completa y rigurosa. “Hacerlos científicos”, dice, “que, por amor a la verdad, entiendan la especificidad de las cosas humanas”. Este proyecto pide una reivindicación del alma en la educación. Es decir, de esa instancia diversa del “yo”, del “sujeto” o de la “mente”, que sabe cuidar de sí misma. Reconocer el carácter histórico de la educación moral es, precisamente, superar una visión puramente tecnológica, de “adiestramiento”, para reconocer el alma de la persona, sus afectos, miedos y esperanzas tejidos como una realidad dramática, no puramente formal.

La segunda parte de este libro se refiere a la virtud en la ordenación de las relaciones. El efecto indirecto que es la educación aparecerá aquí referido al bien común que nos vincula con otros, a la pertenencia a tradiciones, al cuerpo y a la comunión, como conceptos clave de una educación en virtudes.

El profesor **Juan Pérez-Soba** habla de la virtud del amor y el lenguaje del cuerpo, tomando como clave la belleza. Partiendo de una pregunta, “¿Por qué el amor es educable?”, nos acerca al misterio de la pedagogía del amor. El fin de la educación es, básicamente, que la persona sea capaz de elegir con firmeza a la persona a la que amar para siempre. Tomando como clave el *ordo amoris*, el profesor Pérez-Soba nos reconduce al marco de la belleza. Nunca experimentamos la belleza como algo aislado de

la persona que la contempla. Y es precisamente en este contexto relacional de la belleza, donde los significados de integración y de vínculo se comunican y se comprenden en su capacidad de ser educados en referencia a la persona que me introduce en su verdad. Así se desvela el potencial de la experiencia de lo bello en una pedagogía que busque integrar el *ordo amoris*.

Los profesores **Verónica Fernández** y **Jorge López** presentan una contribución sobre el tema del liderazgo en los colegios, como forma de inventar un camino de acciones para generar un bien en comunión. Partiendo de una visión interpersonal e intencional del liderazgo, buscan integrar este interés más bien moderno en el liderazgo dentro del marco de la educación en virtudes. Las claves de la búsqueda del bien común y de la integración afectiva y personal propia de las virtudes nos ofrecen un marco adecuado para integrar este asunto (tanto en alumnos como en profesores) de un modo adecuado, sin caer en las posibles deformaciones a las que ha conducido ocasionalmente una despersonalizada y elitista visión del liderazgo.

La tercera parte de libro se refiere a la visión que genera una educación en virtudes. Se trata de valorar la luz que dan las virtudes a la inteligencia práctica en la plasmación de los afectos. Dos intervenciones tratan de abordar este aspecto.

El profesor **Luis Granados**, partiendo del ejemplo de san Ignacio de Loyola, nos ayuda a comprender cómo la imaginación está llamada a ser modelada por las virtudes. Solo así ella podrá inventar un camino de acciones hacia el fin común. En esta tarea, la narrativa resulta, según el profesor Luis Granados, insustituible. A través de ella se forja una visión sapiencial del mundo, junto con los afectos y experiencias que son principios

específicamente humanos. En un tiempo de desierto imaginativo, resulta esencial cultivar y modelar la fantasía a través de relatos y prácticas que constituyen y enriquecen el ideal de vida buena.

En la última intervención del libro, los profesores **Juan Antonio Granados** y **Carlos Granados** se acercan a la virtud de la “veracidad” como luz que es capaz de integrar los saberes y que, al ser parte de la virtud de la justicia, se desarrolla siempre en una trama relacional. La contribución de ambos profesores termina con algunas propuestas concretas de prácticas escolares para ayudar al trabajo de esta virtud en aula. De este modo se visualiza cómo la propuesta de una pedagogía de las virtudes debe traducirse en prácticas educativas concretas.